

JUAN PABLO II: UN IMPREVISIBLE EN SU ELECCIÓN, UN IMPREVISIBLE EN SU PROYECCIÓN *

por el Académico Presbítero DR. CARLOS CUCHETTI

Con este trabajo me ha sucedido lo que se cuenta del Ticiano, que cuando comenzaba a pintar, tenía la sensación de entrar en el mar y el horizonte se agrandaba.

Cuanto más estudiaba las características, los antecedentes y tendencias de Juan Pablo II, más se ensanchaba el horizonte de mis pensamientos.

Porque, si conmueve la atención del mundo, es porque en un momento gravísimo de la vida humana, anuncia una posición decisiva sobre la *dignidad del Hombre* y su tremendo enigma: *la Conciencia*.

Quiere ser la *Conciencia de las conciencias*.

- La CONCIENCIA de la IGLESIA (Puebla).
- La CONCIENCIA de la CIENCIA y la CULTURA (Unesco).
- La CONCIENCIA de los *derechos humanos* basados en la *DIGNIDAD del Hombre* (la UN en las Naciones Unidas).
- La CONCIENCIA de las *Naciones subdesarrolladas* (África).
- La CONCIENCIA de la SOCIEDAD (Brasil, Filipinas).
- La CONCIENCIA de la FAMILIA (Francia, Estados Unidos).

* Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias del diario "La Prensa", el 10 de octubre de 1980.

- La CONCIENCIA de los GOBERNANTES (Leyes y Sistemas).
- La CONCIENCIA de los medios de COMUNICACIÓN (*¡Letras dan luz!*).

Su *Constitución* será: “La IGLESIA LUMEN GENTIUM” (“La Iglesia Luz de las Naciones”).

SU BIOGRAFÍA

Nace el 18 de mayo de 1920. Su padre, suboficial del ejército. Su madre, institutriz de profesión. Ella muere cuando él tiene nueve años. Sus otros dos hermanos, uno dos años mayor y la mujercita, que fallece muy niña. El hermano estudia medicina y muere como médico del hospital de Cracovia a consecuencia de una escarlatina.

Tiene él entonces 18 años. Entra a estudiar lenguas y literatura en la universidad fundada en el siglo XIV y en la que había cursado estudios el genio de Nicolás Copérnico.

En setiembre de 1939 los nazis invaden Polonia. Comienza a trabajar en los años 1940 y 1941, fecha en la que muere su padre. Continúa sus estudios clandestinamente mientras coopera en la resistencia a los nazis. En 1942 se decide a seguir la carrera del sacerdocio y al amparo y custodia del cardenal de Cracovia, Stephan Bapielva. La iglesia polaca, durante la guerra, había perdido cerca de cinco mil sacerdotes, muchos de ellos en campos de concentración. Auschwitz estaba a pocos kilómetros de Cracovia.

Libre de los nazis cuando el ejército rojo ocupa Polonia, es ordenado sacerdote el 1º de noviembre de 1946. En 1947 viaja a Roma a completar sus estudios de teología en el Instituto Internacional Pontificio, hoy llamado el “Angelicum” por su patrono Santo Tomás de Aquino. Se perfecciona en idiomas, convirtiéndose en políglota. Habla el ruso, el francés, el inglés, el alemán, el holandés, el italiano, y además de su polaco, el griego, latín y hebreo. Después de recorrer Francia, Bélgica y Holanda regresa a Polonia en 1948. Se doctora en la facultad de Filosofía

y Teología de la Universidad de Cracovia, obteniendo la cátedra de Ética de la Universidad.

Es entonces cuando el Papa Pío XII nombra como cardenal primado de Polonia a monseñor Wyszinski, que fuera prisionero durante el período stalinista. Muerto Stalin, el nuevo presidente del comité comunista de Polonia, Gomulka, comienza un gobierno más nacionalista.

Pío XII nombra entonces a Wojtyla obispo auxiliar de Cracovia el 4 de julio de 1958, cuando cumplía 38 años de edad. Al asumir el Pontificado Juan XXIII, convoca al Concilio Vaticano II, Wojtyla es uno de los nueve obispos polacos en el Concilio.

Fue allí, en el Concilio, donde reveló su talento y cultura. Sus intervenciones en la redacción de los documentos sobre el papel de la Iglesia en el mundo actual fueron notables. A raíz de su actuación, el mismo Juan XXIII lo nombra arzobispo de Cracovia en 1964.

En 1967 Paulo VI lo hace cardenal a los 47 años de edad. Era en los decisivos momentos en que Paulo VI iniciaba su "apertura" hacia el Este. De ahí que considerara a Wojtyla como un cardenal indicado para tan difícil misión. "Un cardenal diferente", dirían de él los curiales de Roma. En 1970 comienzan a mejorar las relaciones entre la Iglesia y el Estado cuando cae el presidente Gomulka y le sucede Pierek.

Los dos cardenales polacos, Wyszinky de Varsovia y Wojtyla de Cracovia se convierten en los líderes religiosos de la católica Polonia. Resurgen movimientos culturales. Con la intervención de sus líderes religiosos se celebra el Congreso de Teólogos al que asisten 400 intelectuales, que debaten temas sobre "La Teología y la Antropología". Se inicia el apostolado laico y escribe en 1972: "En el choque con la ideología marxista y su ateísmo difundido con furiosa propaganda oficial, la Iglesia y su pueblo no han perdido su propia identidad. Las crisis, si las hay, son individuales y del grupo progresista «Pax»".

Con motivo de la celebración del 500 aniversario del nacimiento del astrónomo Nicolás Copérnico, Wojtyla

es elegido por unanimidad presidente de la conmemoración. Con tal motivo dirigió a la asamblea su escrito titulado "Las ciencias como patrimonio de la cultura polaca y de la humanidad". Cerrando los actos conmemorativos con un ciclo de conferencias sobre "La exaltación del hombre en la sabiduría cristiana".

SU ELECCIÓN

Las vocaciones de los hombres surgen de las necesidades de los tiempos. Juan XXIII universalizó este esquema. Fue el genio creador intuitivo y profético del Concilio Vaticano II, que creó puentes levadizos entre la Iglesia y el mundo. Gracias a este Concilio pudo ser elegido en la octava sesión del Cónclave, el 16 de octubre de 1978, el primer pontífice del Este, el arzobispo cardenal de Cracovia, Karol Wojtyła, después de 455 años de pontífices. Su nombre elegido: Juan Pablo II.

Su elección fue una verdadera atómica de asombro para la cristiandad. Fallaron los cálculos hasta la cibernética. Su elección por 111 cardenales fue un desafío. No hay dudas de que el Cónclave, al poner sus ojos en el arzobispo de Cracovia, tuvo presente el peligro comunista que se cierne sobre Italia en particular, y sobre la Europa en general. Creyó hallar en él al hombre más adecuado para enfrentarlo moralmente.

Constantino y Bizancio abandonan el Vaticano para dar paso a las sandalias del pescador Pedro —signos de los tiempos—. Hasta el fin del siglo X los Papas nacidos fuera de Italia provienen de territorios de la costa mediterránea, según el "Liber Pontificalis". El primer Papa nacido fuera del territorio mencionado fue Gregorio V de Sajonia (996-999) a quien sucede Silvestre II de Alvernia (muerto en 1003) y Clemente II, de origen sajón (1046-1047).

Juan Pablo II concede su primera audiencia a los cardenales electores juntamente con los empleados, en un amplio refectorio, en un marco despojado de solemnidad, dentro de una franciscana sencillez. El Pontífice chocó su copa de champagne con todos los presentes, brindando

por ellos y por la paz del mundo. Un brindis inusitado en el rígido ritual del Vaticano.

Antes de recibir al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, había escrito su discurso que envía a la Secretaría de Estado como es de rigor. La Secretaría, siguiendo la práctica inmemorial hace comenzar el discurso del Pontífice con el clásico "Nos" del plural mayestático. Juan Pablo II vio la redacción y ordenó *ipso facto* que se suprimiera el plural por la primera persona del singular "Yo" e insistió en que así se publicara en el "Osservatore Romano". Luego ordenó a la Radio Vaticana emplear sus frecuencias potentísimas para hacer llegar el mensaje a su "querida Polonia". Cuenta más su sentido visionario y realista que su sentido diplomático.

La palabra "liberación" es un clavo ardiente que toma en sus manos vigorosas. Encierra el concepto de "liberación" en el pensamiento teológico de San Pablo, es decir, en la "esclavitud de las pasiones". Y en el sentido antropológico como liberación de estructuras sociales inhumanas, intrínsecamente perversas para la dignidad del hombre tanto en lo político como en lo económico, carentes de conciencia moral.

Imposible hablar de él tranquilamente. Lo impiden su genio y su figura. Sale de los moldes de un Miguel Ángel. Se le notan los músculos del alma aun bajo la piel. Tiene en su frente algo que impone por su noble trazo. Su cabeza en actitud de águila que remontara el vuelo. Sus labios enmarcan una delicada sonrisa. Las cejas rubrican unos ojos celestes que dicen de una sabia malicia. Su voz vigorosa recuerda la antigua leyenda de las campanas de Florencia, a las que tres gotas de oro daban armonía a sus acentos. Su actitud frente al mundo moderno se asemeja a la actitud del apóstol Pablo ante la luz de Palas Atenea. Hombre de espíritu fascinador, tan lícito es considerarlo un regalo de la fe, como un espectáculo de la naturaleza.

Los tres pontífices anteriores a Juan Pablo II tenían características muy diversas. Pío XII, Pontífice éste de fisonomía ascética y esmirriada, como si saliera de un cuadro de El Greco. Renacentista, de noble señorío. Con él termina una dinastía de la aristocracia vaticana. De él dirá

su sucesor: "Era un águila real que volaba sola. Tenía alas en la inteligencia. Yo las tengo en los pies para seguirlo".

Juan XXIII, figura rústica y campesina, con la que nada tenían que ver los pinceles de un Zurbarán o de un Ribera. De genio intuitivo y espíritu lúcido, fue el creador de un Concilio que abrió las puertas de San Pedro al mundo nuevo que se gestaba en el seno de la cristiandad. Luego su sucesor, Paulo VI. Mezcla de intelectual y místico. Su recogida inteligencia, joya en el pedernal, ocultaba una timidez estructural que afloraba con la audacia de los tímidos. "Ser Papa —escribirá— es algo así como agonizar". Vivió y obró como si "viese lo invisible" en cada acontecimiento, en cada ser. "Llevaba la profundidad como una dolencia", al decir del académico francés Jean Guittón, su mejor biógrafo. Su sucesor, Juan Pablo I, "el Papa de la sonrisa", cruza como un relámpago sobre las páginas de la historia de la Iglesia. Y llega Juan Pablo II, un esclavo a ocupar la sede romana de Pedro. Era la primera vez que de los 264 pontífices, surge un hombre venido del Este. Baja de los Cárpatos a las colinas de Roma. Desde el Vístula al Tíber, como un áspero Bautista. Elegido por 111 cardenales, después de siete "fumatas negras", la noche queda atrás.

Bruma del Este que llega con el sol de su fe a iluminar las conciencias y a vigorizar con su fortaleza moral a la Iglesia y a una cristiandad vacilante y concupiscente. Sin nada de místico al estilo español, francés, italiano o belga, su ascetismo brota del crisol de su lucha en Polonia. Su personalidad lleva un patético realismo tan naturalmente como lleva el río una hoja en el agua que declina.

Juan Pablo II viene de una nación en que en la Iglesia no existe una disidencia de derecha o de izquierda, no hay una controversia sobre el celibato sacerdotal, el divorcio, las mujeres en el sacerdocio, envolvimientos políticos, abortos y muchos otros casos que absorben a los católicos del Oeste.

Durante siglos las figuras más representativas de Polonia fueron sacerdotes y obispos. Científicos, escritores, filósofos, juristas, sociólogos, eran sacerdotes. Baste citar el ejemplo de Copérnico (1472-1543), un prelado de To-

rún, que fue protegido por un obispo, quien conocía las ideas iconoclastas del astrónomo, que escribe su obra *De revolutionibus orbium celestium*, que marca el fin del período en que la tierra era considerada como centro del universo; obra que Copérnico, para evitar persecuciones, dedica al Papa Paulo III.

El empeño puesto por los imperios vecinos en hacer que Polonia se les humillara ha hecho que esa patria haya tenido que estar como fuera de sí misma, dentro de una realidad hostil. No es sólo en la religión, sino también en las letras y las artes. Cuando Paderewski tocaba en Londres la Cracovia fantástica o los valeses poloneses, de la caja del piano en Deen Hall, salía avasalladoramente musical toda Polonia a conmover al mundo. Cuando en la casa de Chopin, en las cercanías de Varsovia, se tocaban los nocturnos o los valeses, el aire de Polonia quedaba flotando como el misterio de la patria.

Ahora lo que llega a Cracovia, salido de la plaza de San Pedro, no es un Papa sino toda una Polonia peregrina y legendaria.

Hay que recordar que Polonia se convirtió al cristianismo en el siglo x. En contraste con otros países católicos, no conoció las guerras religiosas, ni usó jamás la Inquisición, ni necesitó de hogueras para brujos y herejes. No tuvo tampoco un Richelieu o un Nazarino, ni un Borgia o un Savonarola. Tuvo en cambio el genio religioso y científico de un Copérnico, un Chopin, un Paderewski, una madame Curie.

No se debe olvidar que en el siglo xiv los judíos, perseguidos entonces por países católicos, encontraron amparo en Polonia, siendo libre el culto de su religión proclamado por un edicto real. Luego los jesuitas desterrados se refugiaron en su lucha contra el luteranismo.

En los siglos siguientes Polonia fue baluarte de la civilización cristiana ante las amenazas de la persecución ruso-alemana, en una época de desmembramiento político de la nación. A pesar de ello, existen aún hoy universidades que conservan el acervo científico y cultural de su glorioso pasado. Mantienen un carácter nacional, una maravillosa

literatura, una tradición religiosa que lo diferencia de todos los otros países subyugados por el comunismo. Juan Pablo II, en su viaje a Polonia, responderá al discurso oficial del gobierno: "Como bien decís, señor presidente, vosotros tenéis el poder. *La Iglesia tiene a Polonia*".

Cuentan que un obispo de Varsovia solicitó al Sumo Pontífice unas reliquias para su Catedral.

—*Inclinaos y recoged un poco de tierra, todo vuestro suelo es una reliquia* —le contestó el Papa.

Wojtyla nació en ese suelo y se conectó con él. Su genio de hoy le viene de su plenitud humana de ayer. Entendió el ascetismo, más que como una *poda* de placeres, como un *injerto* de deberes. Con un fino sentido del humor, suele mostrar a quienes lo visitan un grueso álbum de fotografías de inauguraciones de nuevos templos, mientras asegura sonriendo: "*todas estas iglesias que usted ve, son ilegales*".

SU CULTURA ECLÉCTICA

Por su polifacética personalidad, es difícilmente clasificable. Ni príncipe de la Iglesia, ni Pontífice amante de la demagogia. Dedicado profundamente al estudio, siendo arzobispo de Cracovia, se reunía periódicamente con los intelectuales, creyentes o no, para debatir temas de actualidad.

De espíritu casi dialéctico, resuelve las contradicciones en el más alto nivel, vinculándose con las corrientes teológicas o filosóficas más diversas, desde el tecnicismo hasta la fenomenología influida por Max Sheler.

En un mundo dividido por ideologías y sistemas opuestos y contradictorios, el Papa eslavo ha preferido optar "sólo por el hombre" y ha sacado a la luz con sus gestos y palabras esa contradicción y sofisticación que vive el mundo.

"La verdad que debemos al hombre, es ante todo una verdad sobre él mismo".

La tragedia por la Iglesia es que a partir de la gran guerra mundial ha ido a remolque del marxismo, interrumpiendo la investigación en el campo espiritual y social.

El 18 de noviembre de 1979 dirigió a los participantes del Congreso Internacional sobre el "Problema del Cosmos", organizado por el Instituto de la Enciclopedia Italiana con motivo del centenario del nacimiento de Albert Einstein una maravillosa alocución. Destacó que la cosmología "se coloca de algún modo en el vértice de todas las otras ciencias en cuanto no se refiere a un aspecto particular de la naturaleza misma, sino que con ímpetu magnífico exalta y ennoblece la mente del hombre, trata de abarcar dentro de sus posibilidades la inmensidad del universo, de penetrar en su estructura, de recorrer su evolución". Y agregó: "Hoy conduce a los hombres del siglo xx por sendas que pasan a través del fatigoso y paciente camino de la razón sobre las sendas de una nueva maravilla. En cierto modo ha dejado de lado la clásica complacencia en la contemplación de la belleza del firmamento para sondear, cada vez más profunda y sistemáticamente los abismos". Y con posterioridad, en otro homenaje de la Pontificia Academia de Ciencias, Juan Pablo II rehabilitó el prestigio científico de Galileo, el matemático, físico y astrónomo de Pisa, expresando que la grandeza de Galileo era como la de Einstein, pero que a diferencia de éste, el primero tuvo mucho que sufrir —no podemos ocultarlo— por parte de hombres y organismos de la Iglesia.

Seguidamente declaró que apoyaría a teólogos, historiadores y científicos que se dedicaran a revisar el "caso Galilei", superando reservas y silencios culpables. Su clara mentalidad daba así prueba de valentía para esclarecer errores y colocar a la religión en el plano justo y transparente que merece el destino trascendente de su misión esclarecedora.

SU ESTILO

No son para el espíritu de Juan Pablo II las declaraciones comedidas y alambicadas de la diplomacia corriente. Su estilo es directo, sencillo en su profundidad conceptual, hasta diríamos desafiante, pero en ninguna instancia

provocador. Fuerte y cálido en el sentimiento, "vive lo que dice y escribe", nada de retórica. Nada deja a la improvisación. Sus frases cortas penetran no con fines de conquista, sino con los de su propio rescate.

La pluma en sus manos no es un pincel que decora viñetas y paisajes. Es un cincel que marca a fuego en la inteligencia. No busca la metáfora que distrae. Persigue la idea que redime. A veces sus palabras se convierten en bisturí que abre la portería para sanear al cuerpo. Pueden ser mal o bien interpretadas por las autoridades, los críticos o los políticos. Su compromiso no es con la autoridad civil sino con la autoridad religiosa y libre de su fe en Dios y en el hombre.

Gritar desde un cerro no es acercarse al Sermón de la Montaña. Hay que vivir la impronta bíblica profética y visionaria. "No se pueden sacrificar mártires" para conquistar "verdugos", aconsejará a sus connacionales polacos.

Predicar la justicia es una exigencia absoluta de la fe.

La injusticia social es el ateísmo práctico que hay que combatir.

No se puede hablar solamente de los *derechos* contra las injusticias, si no se predica al mismo tiempo sobre los *deberes* para con la justicia.

SITUARLO PARA COMPRENDERLO

Viene a remontar la trayectoria del Concilio Vaticano II. Mezcla de Juan XXIII y Paulo VI, su formidable espíritu, como las fuentes, da lo que sobreabunda. Quiere ser la "conciencia de las conciencias". Un prodigio de la fe que espera ser creído.

Sabe que la vida, a pesar de sus claro-oscuros, tiene una plenitud de dignidad que merece ser vivida. Es hombre que engendra a Dios en el hombre. "Le Figaro" escribirá: "Gracias a este hombre la Europa vuelve a descubrir que tiene un alma".

Con el sentido de lo sagrado transmite una dimensión trashumana que ejerce particular fascinación sobre los que lo ven o lo tratan. Papa de las muchedumbres, no acondicionado por la popularidad. "El Evangelio —dirá— no es una evasión. Es una invasión de paz, amor y justicia. Nuestro amor al prójimo anula todo complejo de agresión. No es bueno aprender el Evangelio contra alguien, sino contra algo".

No diviniza la materia, ni tampoco hipoteca el cielo sin relación a ella. Con espíritu dialéctico *anuncia* y *denuncia*. Sus discursos no son dogmas, sino orientaciones morales de conducta pública y privada. No pretenden ser la panacea de los graves problemas sociales. Sólo maravillosas fuentes de energía espiritual proyectadas sobre el hombre, la familia y la sociedad.

Su obstinado humanismo cristiano, pretende sensibilizarnos ante el dolor o la miseria para evitar la lucha de clases o la violencia que condena. Emplea el método revulsivo más que el compulsivo. Método que procura una irritación local o parcial a fin de hacer cesar una congestión peligrosa. Denuncia la crueldad de los sistemas totalitarios. Alerta sobre los sofismas y los "slogans" religiosos o políticos. Es un humanista intelectual y emocional. Escapa a las definiciones periodísticas de "conservador", "progresista" o "liberal". Con la fulgurante firmeza de un diamante, denuncia los males y anuncia los bienes.

Mira el problema del hombre con realismo religioso. Lo funda en el misterio del amor y el dolor, que sólo tienen sentido en el cruce de dos vigas. Una vertical y la otra horizontal. La cruz del hombre que se llamó Cristo. Así escribirá su primera encíclica: "El Hombre Redimido". De muy estricta ortodoxia y disciplina eclesiástica, da la sensación de un rigorismo eslavo, mientras que en campo político se inclina hacia *la distensión al filo de la navaja* como si hubiera concebido por experiencia, el propósito de extirpar el ganglio monstruoso de fórmulas para hacer brotar de la entraña de las catacumbas el manantial oculto del cristianismo.

Para ello son precisas no sólo ciertas energías espirituales, sino además, y sobre todo, la conjunción feliz de pro-

fundas cualidades humanas. Su recio optimismo y su indomable confianza en el hombre puede darle la inmensa alegría y el coraje de llamar a la paz a todos los pueblos. Confía en resolver los problemas no por oposición sino "por añadidura".

Son incapaces de comprender su genio, quienes no llegan a divisar la grandeza sin límites de su espíritu que pretende, como en el sueño de Jerjes encadenar el mar. ¿Y qué es el mar para su fe? Lo mismo que para un sabio una gota de rocío.

* * *

Hay dos clases de escritores geniales: los que piensan cuando escriben y los que hacen pensar cuando se los lee.

Juan Pablo II pertenece como escritor a estas dos clases. Es un escritor y pensador "comprometido".

La fraternidad que predica no sale de un contrato social a lo Rousseau. Sus enseñanzas, aunque trasciendan al campo temporal, persiguen siempre una finalidad elevada: la dignidad del hombre. No propone modelos políticos, económicos o sociales.

Escribe su primera encíclica sobre la *defensa de la dignidad del hombre* en marzo de 1979, con el título "Redemptoris Hominis".

Pronuncia la palabra *hombre* con un acento vigoroso, profundo y profético. El *hombre* como vida concebida en el seno materno, con su niñez encantadora, con su juventud maravillosa, con la familia sagrada y con la edad madura reflexiva y conmovedora, sale al encuentro de los hombres cultos, como a los pueblos incultos, a los creyentes como a los incrédulos, a los poderosos como a los humildes, a los ancianos como a los niños. A éstos con predilección de abuelo les aconsejará: "No cambiéis la lámpara de Aladino por lámparas nuevas".

AMOR Y RESPONSABILIDAD

Cabe señalar que hace mucho tiempo que Juan Pablo II ha dedicado una atención singular al tema de la familia. Su difundido libro, editado en 1968, *Amor y responsabilidad*, que en su primer capítulo "La persona y la tendencia sexual", critica el utilitarismo, ya que al amor es lo opuesto de usar. Ya que ello profanaría el acto divino de la unión matrimonial en una mecánica del sexo. Efectúa luego un análisis psicológico y moral del amor, y enfoca sin eufemismos el tema del pudor y las relaciones conyugales. Los temas del amor, la sana sensualidad y la inmoral sexualidad mecánica que degrada la personalidad del hombre y la mujer, son frecuentes en sus audiencias públicas de los miércoles en la plaza de San Pedro.

Allí le escuché reflexiones de esta índole referente a las dimensiones del amor. Decía pausadamente leyendo sus conceptos: "El amor tiene otras dimensiones que el tiempo. Pertenece a otros límites y a otros derechos. En cierto modo las leyes del tiempo en relación con el amor quedan en suspenso... La ley del mundo y de la carne es la ley de la materia. El amor es la ley del espíritu. Un solo acto se debe convertir en éxtasis. En un instante de fe se llega al cielo. El libro del amor humano se escribe con otras sílabas del alfabeto. Cuando termina el tiempo de la vida, comienza la eternidad en el amor que mantiene unidas las almas hasta después de la separación física de la muerte".

Los teólogos y los místicos siempre temen engañarse frente al hombre. Una actitud franca y comprensiva es sólo producto de un alma sensible y audaz. La agresiva lucidez de sus ideas persuade demostrando al estilo de Lavoisier, una demostración "ex abundancia lucis".

Cuando habla a otros hombres, al hombre ético o al hombre estético, usa naturalmente el estilo patético o dramático, propio del hombre profundamente religioso. Lo patético está suministrado por la profundidad de sus sentimientos conectados con las manifestaciones más serias de la vida, el amor y la fe. Lo dramático radica en la forma acuciante de hacer doler para sanar el ganglio social.

Y lo teológico en la altura y profundidad de su visión universal trascendente y humanista.

Si puede atribuírsele una política, como lo suele hacer, es la política de la lealtad. Su genio siente y diferencia lo convencional de lo accesorio. Posee una cualidad natural y realista casi inconsciente, esclava. Explicación de tantas y tan variadas actitudes personales, a veces incomprensibles, para quienes no poseen la clave de su estilo. Su mérito o su temeridad consisten en que ve la vida cristiana como si fuera la única aventura apasionada y gloriosa. Su recio optimismo y su indomable confianza en el hombre pudo darle el coraje de intentar que su pontificado sea “un examen de conciencia” al mundo moderno.

Dialéctico y flexible en su política, está dispuesto a dialogar con cualquier clase de gobierno. Está siempre a la espera de una respuesta sin transigir en lo fundamental: la dignidad del hombre. En su lucha clandestina contra la invasión nazi y en contacto con la resistencia en las canteras de Silesia, forjaron su temple y su carácter. “Mano legendaria de férreo guantelete como el héroe de la Chanson de Rolland”, comentarán en la Unesco. Lo demostró con su actitud frente al general De Gaulle, cuando siendo presidente de Francia visitó a Polonia en 1967. Era entonces arzobispo de Cracovia. Al enterarse de que el general De Gaulle, a pedido del gobierno comunista, resuelve no presentar sus saludos al Primado católico de Varsovia el cardenal Wyszinski —punta de lanza contra el régimen— Juan Pablo II se negó a recibirlo y mandó cerrar la sede arzobispal y la catedral de Cracovia, en reparación a la ofensa inferida al Primado de Polonia. Se dice de él que como los primitivos obispos polacos tiene vocación de mártir, dispuesto a dar su vida por la libertad de la Iglesia y de los hombres.

Condena los abusos de la autoridad. La corrupción de ciertos gobernantes, así como el colonialismo y el racismo. Aboga por la independencia económica de África. Sobre la poligamia oficial y legal, les habla de la monogamia como elevación moral de la mujer y la sociedad. A los ocho obispos ordenados les recomienda luchar por encontrar la justicia por el camino de la paz, pero no a expensas de los propios valores humanos y culturas autóctonas. Y ante el histrionismo de sus actitudes frente a ellos, exclamará con naturalidad: “¡Esto no es litúrgico, pero es bello!”

Expone con claridad meridiana sus ideas. Basta recorrer la síntesis de sus formidables pensamientos expuestos en su *política viajera*.

Por ejemplo: En las Naciones Unidas les hablará de la piedra angular de los derechos humanos: "La dignidad del hombre". Su coraje lo inspira. Parafrasea el dicho de Churchill: "La tempestad me acuna".

Sobre la violencia

"La violencia es el mal; la violencia es inaceptable como una solución de los problemas; la violencia es indigna del hombre. La paz no puede ser establecida por la violencia. La paz nunca podrá florecer en medio de un clima de terror, intimidación y muerte." (*En Dublin.*)

El sello de Caín

"Aprended a distinguir en qué se diferencia el amor a vuestro país, de lo que lleva la marca de la destrucción, el sello de Caín." (*En Knock, Irlanda.*)

La opción del amor

"Enfrentada con problemas y desencantos, mucha gente trata de escapar de sus responsabilidades. Escape en placeres sexuales; escape en drogas; escape en violencia; escape en indiferencia o en actitudes cínicas. Pero yo es pronongo hoy la opción del amor, que es lo opuesto al escape. Si vosotros aceptáis realmente el amor sacrificado, os llevará hacia Dios." (*En Boston.*)

Contra la guerra

"Los continuos preparativos para la guerra que evidencia la producción de armas, en número cada vez mayor y más poderosas y complejas, por parte de varios países, constituyen un índice de que hay un deseo de estar preparados para la guerra. Y estar preparados para la guerra

significa ser capaces de iniciarla. También significa correr el riesgo de que alguna vez, en alguna parte, alguien ponga en movimiento el terrible mecanismo de la destrucción general.” (*En las Naciones Unidas.*)

Un alma

“Por sobre todo, una ciudad necesita un alma para convertirse en el verdadero hogar de seres humanos. Vosotros, la gente, debéis darle esa alma.” (*En Nueva York.*)

La estatua de la Libertad

“Cada nación tiene sus símbolos históricos. Pueden ser santuarios, o estatuas o documentos, pero su significado reside en la verdad que representan para sus ciudadanos y en la imagen que proyectan a otros países. Ese símbolo es, en los Estados Unidos, la estatua de la Libertad. Es un símbolo representativo de los valores que los Estados Unidos han defendido desde el comienzo mismo de su historia; es un símbolo de la libertad. Refleja la historia de la inmigración a los Estados Unidos, porque era libertad lo que millones de seres humanos aspiraban a encontrar en estas tierras. Y fue libertad lo que les ofreció compasivamente la joven República.” (*En Nueva York.*)

“Dad de comer...”

“Recuerdo cuando Jesús vio una multitud hambrienta en una colina. ¿Cuál fue su actitud? No se contentó con expresar su compasión, sino que ordenó a sus discípulos: «Dadles algo de vuestra comida».” (*En Filadelfia.*)

Soberanía nacional

“La dolorosa experiencia de mi patria, Polonia, me ha enseñado cuán importante es la soberanía nacional cuando tiene al servicio un Estado digno de tal nombre y libre en sus decisiones.” (*En Washington.*)

En Auschwitz

“El lugar más doloroso y sacrílego de la dignidad del hombre. Pienso con horror cuán lejos puede llegar el odio en las naciones cuyos derechos y garantías son violados y olvidados. Auschwitz puede suceder otra vez. Aquí debéis reflexionar dónde se encuentran las fronteras del odio.”

En México llamó al orden a los obispos latinoamericanos por el “ateísmo religioso” que detentaba el celo reformista de muchos de ellos.

En Irlanda rogó “de rodillas” a este pueblo fervientemente católico, para que desistiera de la violencia sectaria.

“No sois —dijo Juan Pablo II a los obispos— ni un simposio de expertos, ni un parlamento de políticos, ni un congreso de científicos o técnicos, sino que sois pastores de la Iglesia a los cuales corresponde ser maestros de verdad, signos constructores de la unidad.”

JUAN PABLO II NO ES UN SALTO EN EL VACÍO

Juan Pablo II no es un salto en el vacío ni una caminata en la oscuridad. “Yo sé —escribirá— que en los diálogos nuestros compañeros marxistas no son sinceros y buscan su propia ventaja y se esfuerzan por explotar nuestra buena voluntad. Sólo lo hago por la paz del mundo. La Iglesia no busca sólo la «salvación del alma»... busca también la «salvación del hombre» en todo su contexto humano. El Evangelio no es una «evasión», es una «invasión», un llamado a la paz, pero a través del amor y la justicia. Trata de impedir las catacumbas en los países dominados por el marxismo. Sabe perfectamente que el marxismo con su *coexistencia pacífica* sólo retrocede estratégicamente para avanzar. No teme embarcarse en la alta política con naturalidad arrolladora pero con una diplomacia con bandera a media asta”.

Abundando sobre el marxismo, añade: “El verdadero marxismo es la antítesis de la palabra de Dios, porque ésta es unidad y aquél es división, ésta es el hombre y aquél es el

grupo, el proletariado". Y concluye con una frase que resume toda su teoría: "Desde que ha nacido el comunismo el hombre se viene sacrificando a favor del grupo, sólo la cultura y civilización judeo-cristianas pone al hombre al centro de la creación. Encerrar nuestro cristianismo en una torre de marfil por temor al contagio nihilista, equivaldría a esconder la antorcha por temor a que otros puedan aprovechar la luz". Wojtyla ante el marxismo no adoptó una posición de anatema sino una actitud de diálogo, y para dialogar se requiere *fortaleza y flexibilidad*.

Aunque las invasiones soviéticas parecieran demostrar el grave error político de la distensión al llevarse girones de Europa y de Asia y hasta de la Iglesia, Juan Pablo II, con su experiencia pretende encauzar la distensión con realismo eslavo y fortaleza romana. No con espiritualismo místico latino sino con pétrea voluntad atlética y fina sensibilidad social.

Va derecho a lo difícil. Su facultad de intuición como brújula magnética lo sitúa en el punto neurálgico de los destinos "convirtiéndolo en designio".

Verdaderamente estamos en presencia de una compleción religiosa moderna, humanista y audaz.

Los tantos y tan variados temas candentes que comprometen la moral religiosa, pusieron sobre sus hombros una cruz muy pesada. Tiene conciencia de que "quien lleva el anillo de Pedro, lleva la cruz de Cristo".

Esta maravillosa simbiosis entre el humanismo y el cristianismo abarcará la realidad integral de su pontificado. "Especie de teología viviente", aparece en la constelación de la Iglesia no como un astro, sino como un astrónomo, con el espíritu de un Copérnico. No busca una rigidez simétrica, una regularidad rutinaria sino una armonía flexible dentro de la unidad clásica. Va en busca de peligrosas eclipses. Ensanchando el campo del apostolado, haciéndolo más vasto y más móvil, no con el principio de la contradicción filosófica, sino en la fecundidad de la comprensión. No terca razón escolástica sino inteligencia filosófica trascendente y moderna. Pronuncia y adopta nuevas formas

culturales. “La Iglesia —dirá—, con Juan XXIII no se identifica con ninguna forma de cultura occidental, aunque su «historia» y no su fé, esté íntimamente ligada a ella. Admite una cultura cristiana negra. Una cultura cristiana amarilla, con métodos intelectuales propios, artes y modo de expresión que le son propios, puesto que no se trata de construir como se hizo antaño, una catedral gótica en Pekín.”

LO IMPREVISIBLE EN SU PROYECCIÓN

Lo que más impresiona en Juan Pablo II es la audacia de sus actos al filo de la navaja, frente al problema de la distensión con sus tremendos riesgos. Ya su persona tiene reacciones contrarias a los cánones clásicos de las normas vaticanas. Aun en sí mismo. Obrero y deportista a la vez que filósofo, teólogo, hermenéutico, políglota, amante y seguidor de la fenomenología de Scheler como de la escolástica de Tomás de Aquino. Realista sin misticismo y místico sin éxtasis, ni soledades. Diplomático hábil con lenguaje directo.

Nos da la impresión, como los grandes hombres, de algo imprevisible o de suspenso, cuando habla como cuando actúa, como si se reservara para el acto final de un drama decisivo, como en los dramas de Shakespeare.

De una cosa estamos seguros: que lo imprevisible de su pontificado será siempre el anuncio conmovedor de algo que viene del fondo de los siglos: “*El hijo del hombre, llamado Cristo*”.

Si peca de temerario es por exceso y no por defecto. Exigente con esperanza y amor sin exigencia.

Su sentido de renovador suscita y seguirá suscitando inquietudes. ¿Arcilla que modelar o mármol que retener?

Uno no sabe si compararlo a Temístocles ganando la batalla más bella del Mediterráneo. Si le interesa más la construcción de naves para resultar victorioso, o si por el contrario, construye naves para la salvación de los remeros.

En cualquier hipótesis lo verdaderamente imprevisible y glorioso como escribiría el genio de Goethe, será verlo salir de entre las sombras de este mundo paradójico y sofisticado, como un esforzado gigante hacia la luz.